

RETIRO: “MARÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO”

VII.- LAS BODAS DE CANÁ.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER:

A lo largo de los años, una religiosidad mal explicada y mal entendida ha alejado a María de nosotros, idealizándola, convirtiéndola en un ser lejano, inalcanzable, totalmente irreal y haciendo de Ella sólo objeto de culto.

Hoy, en esta nueva evangelización a la que estamos convocados, necesitamos recuperar a la María mujer, hermana nuestra en la carne. María no es un ser celestial que, por así decirlo, haya caído del cielo entre los hombres al objeto de traerles la salvación en su Hijo.

María es de los nuestros, procede de esa tierra de Israel de la que Ella es verdaderamente hija. María participa de la larga preparación creyente de su pueblo, de los anawin, los pobres de Yahvé, lo cual le permite responder libre y gozosamente a la propuesta que Dios le hace por medio del Ángel, y así es como propicia la venida de la plenitud de los tiempos. Ella camina con nosotros, y nosotros podemos contemplar cómo camina con confianza filial.

Por eso en estos retiros estamos volviendo al Nuevo Testamento, sobre todo a los Evangelios, para comprobar que, para las primeras comunidades cristianas la Virgen María, la Madre de Dios no es otra que María de Nazaret. Y esta María sí que está a nuestro alcance como la “primera cristiana”, “seguidora de Jesús”. María de Nazaret nos enseña a ser cristianos, comunidad cristiana, Iglesia. María de Nazaret sí que es un modelo para nuestro vivir diario.

Hemos contemplado a María en la Anunciación, en la Visitación a su prima Isabel, después como Madre, en el nacimiento de su Hijo. La hemos contemplado presentando a su Hijo en el Templo y teniendo que huir a Egipto, y también durante esos llamados años “ocultos” de la infancia de Jesús en los cuales María siguió desempeñando una función esencial. Hemos visto cómo Ella conservaba todo en su corazón, hasta lo más desconcertante, como cuando Jesús se quedó en Jerusalén sin decirlo a sus padres y fue hallado por éstos en el Templo, entre los doctores de la Ley.

Y hoy contemplamos a María y a Jesús en una fiesta de bodas. Sintámonos también como invitados a esas bodas y contemplemos la escena que se desarrolla entre ambos como si estuviéramos allí.

Para la reflexión:

- ¿Cómo contaría con mis propias palabras lo que ocurrió en las bodas de Caná?
- ¿Cuál creo que es el sentido de este signo que realizó Jesús por primera vez?
- ¿Qué me llama más la atención?

JUZGAR – NO LES QUEDA VINO.

Juan 2, 1-11

En aquel tiempo, había una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda.

Faltó el vino, y la madre de Jesús le dijo: —«No les queda vino.»

Jesús le contestó: —«Mujer, déjame, todavía no ha llegado mi hora.»

Su madre dijo a los sirvientes: —«Haced lo que él diga.»

Había allí colocadas seis tinajas de piedra, para las purificaciones de los judíos, de unos cien litros cada una. Jesús les dijo: —«Llenad las tinajas de agua.»

Y las llenaron hasta arriba. Entonces les mandó: —«Sacad ahora y llevádselo al mayordomo.»

Ellos se lo llevaron. El mayordomo probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía (los sirvientes sí lo sabían, pues habían sacado el agua), y entonces llamó al novio y le dijo:

—«Todo el mundo pone primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el peor; tú, en cambio, has guardado el vino bueno hasta ahora.»

Así, en Caná de Galilea Jesús comenzó sus signos, manifestó su gloria, y creció la fe de sus discípulos en él.

Esta escena evangélica nos sitúa en una boda celebrada en Caná de Galilea, pero los protagonistas no serán los novios, sino Jesús y María, su Madre. Según el cuarto Evangelio, el milagro de las bodas de Caná es el primer “signo” que realizó Jesús.

Y como se trata de un signo, hemos de preguntarnos por su significado, y encontramos varios: la manifestación que Jesús hace de su gloria, por intercesión de su Madre; el anuncio del banquete del Reino de Dios; el anticipo de la Eucaristía, en la que el vino se convierte en la Sangre de Cristo...

Pero como en estos retiros estamos contemplando a María, vamos a fijarnos en Ella. En una boda de aquella época, todas las personas tenían alguna cosa que hacer: unas en la cocina, otras en el servicio, otras con los instrumentos musicales... Sólo María ve el conjunto, tiene la facultad de abarcar toda la escena y se da cuenta de lo que sucede. Ésta es la forma de mirar de María, su mirar en profundidad.

Ella también tendría alguna tarea específica, pero atendía a cada cosa sin descuidar el conjunto, por eso se da cuenta de la situación y lo expresa sencillamente: “No les queda vino”. Sólo Ella dice estas palabras; es probable que otras personas lo hubieran observado, pero prefieren seguir como si no hubieran visto nada.

Hay en María una mirada que observa, que está atenta a los detalles, que va más allá de lo aparente. Es una mirada delicada, vigilante, anticipadora, sensible ante las carencias y posibles repercusiones. Y María se dirige a Jesús, se vuelve hacia Él y le habla para hacerle partícipe de la situación, a costa de ganarse una respuesta decididamente áspera por parte de Jesús. Él la llama “mujer” y no “madre”, lo que podría parecer una falta de respeto, pero no es así.

Jesús le responde, literalmente: “¿A ti y a mí, qué?” Esta frase es más bien familiar en el lenguaje bíblico: la encontramos quince veces en el Antiguo Testamento y cinco en el Nuevo Testamento, y habitualmente indica una divergencia de puntos de vista entre dos o más interlocutores, divergencia que puede ser leve o radical. Tan sólo el contexto permite captar los matices en cada caso.

A nosotros evidentemente nos falta algo esencial para encontrar la clave: el tono con que esas palabras fueron pronunciadas, las miradas que entre Madre e Hijo se cruzaron, todo cuanto se sobrentiende y nadie puede entender. Por eso no podemos concluir que hubo enfrentamiento.

María se preocupa del vino material, que les falta a los comensales; por el contrario, Jesús eleva su discurso a otro nivel, o sea, el que se refiere a su hora, entendida como muerte y resurrección. Es decir, mientras que María hace presente la carencia de vino material, Jesús eleva el asunto al plano de las realidades espirituales, las que se refieren a su hora.

Y puesto que la falta de comprensión es habitual cuando Jesús habla de este modo, hay que creer que lo mismo ocurrió también con María en Caná, como ya antes en el templo cuando Jesús tenía doce años. Solamente después de la resurrección se descubrirá el sentido profundo de lo que se había verificado en Caná.

Por eso no hay que seguir encontrando dificultad en estas palabras de Jesús. Estas palabras de Jesús no implican ningún distanciamiento ni una separación de intereses entre Madre e Hijo: María es presentada por el autor como íntimamente asociada a la “hora” de Jesús, es decir, a la Cruz, una “hora” que tiene en Caná su antícpo.

La importancia que el evangelista concede a María se basa en el papel que Ella desempeña en la Historia de la Salvación. Este modo de hablar a su Madre indica que Jesús es obediente a la voluntad del Padre y que, como ya indicó cuando fue encontrado en el templo, los lazos con Dios son más fuertes que los de la sangre.

El Nuevo Testamento nos muestra a María, como hemos visto en anteriores retiros, como cooperadora del Proyecto Salvador que Dios lleva a cabo por Jesucristo, y cuya vocación y misión son inseparables de Cristo.

Por eso, en la Iglesia, después de Cristo, Ella ocupa el lugar más alto y a la vez más próximo a nosotros, porque María se muestra como uno de nosotros, caminando a nuestro lado. María es la perfecta cristiana, la primera y mejor discípula de Jesús, que escucha la Palabra de Dios, la medita en su corazón, la asimila y la pone en práctica.

Pero la misión de una madre es la de percibir las necesidades que tienen sus hijos; en Caná, María, con ojos abiertos, percibe la situación de necesidad. Y María intercede de manera reservada. No quiere obligar a Jesús, respeta su libertad.

Este Evangelio resalta la solicitud maternal de María, que se muestra sensible a la necesidad del prójimo, y es prueba también de la fuerza de su intercesión ante su Hijo. Así lo ha entendido desde siempre el pueblo cristiano, que a través de los siglos ha confiado en la mediación de la Madre del Señor, venerándola e invocándola de continuo.

Para la reflexión:

- Sólo María ve el conjunto, tiene la facultad de abarcar toda la escena y se da cuenta de lo que sucede. Es probable que otras personas lo hubieran observado, pero prefieren seguir como si no hubieran visto nada. ¿Sé “ver” más allá de lo que tengo delante, me doy cuenta de lo que sucede a mi alrededor? ¿Lo que “veo” me mueve a implicarme, o si no me afecta me desentiendo?
- ¿Qué pienso acerca de la respuesta de Jesús a María?
- María intercede de manera reservada. No quiere obligar a Jesús, respeta su libertad. ¿Cómo es mi oración de intercesión? ¿Pretendo exigir a Jesús que actúe?

- Este Evangelio es prueba de la fuerza de la intercesión de María ante su Hijo. Así lo ha entendido desde siempre el pueblo cristiano, que a través de los siglos ha confiado en la mediación de la Madre del Señor. ¿En mi oración me dirijo a María como intercesora, como mediadora?

JUZGAR – HACED LO QUE ÉL DIGA.

Aunque haya dado esa respuesta “cortante”, y como respuesta a la petición de María y a la palabra esperanzada dirigida a los sirvientes: “Haced lo que Él diga”, Jesús actúa: la preocupación que presenta la Madre de Jesús por los otros es la ocasión que mueve a Jesús a realizar el signo.

María no ha entendido la respuesta de Jesús como una negativa, sino que pide a los criados que escuchen la palabra de Jesús y la pongan en práctica. Lo que está en juego en las bodas de Caná es la alegría del pueblo: María se preocupa por su alegría y, como Madre, ha traído al mundo a Aquél que es la plenitud de vida y alegría para todos.

La intercesión de María, como Madre del Señor, adelanta la “hora” de la manifestación de Jesús. Podría parecernos que María consigue lo imposible: cambiar los Planes al mismo Dios. Incluso podría parecernos que María “ganó el pulso” a su Hijo. Pero aunque nos parezca lo contrario, María no ha hecho cambiar de opinión a su Hijo, como si Él tuviese necesidad de que se le recuerde la misericordia.

María se fía, confía aunque no entienda, y es de esa mirada confiada de la que va a hacer partícipes a los sirvientes. Lo que María pide a los sirvientes no es un imperativo. María no se presenta con autoridad, sino que enfoca la autoridad hacia Aquél en quien cree: su Hijo.

María invita a abandonarse en la voluntad de Dios, como Ella misma hace. Sin saber cuáles son las intenciones reales de Jesús, se rinde por completo a lo que Él quiera hacer, se hace a un lado y dice a los sirvientes: “Haced lo que Él diga”. De Madre de Jesús, se convierte una vez más en “la esclava del Señor”, esperando en la fe únicamente lo que Él quiera hacer. María es la que acepta en todo su voluntad y enseña a los demás a hacer otro tanto. María aparece, una vez más, como modelo de disponibilidad absoluta hacia Dios.

Las palabras de María son como un eco de lo que el pueblo de Israel dijo en el Sinaí: “Haremos todo lo que dice el Señor”. María se muestra así como el modelo del pueblo creyente. Las palabras de María, inspiradas sin duda por un profundo sentimiento de misericordia, parecen señalar la esperanza en el milagro. Ella sabe que Jesús puede hacerlo. Por lo demás, pertenecía a la espera común del judaísmo de entonces el que el Mesías realizase prodigios para comprobar su misión.

“Haced lo que Él diga” son también las últimas palabras de María que el Nuevo Testamento nos transmite. Pero “Haced lo que Él diga” no es un “testamento”, ni siquiera un consejo, sino una actitud del corazón. María nos enseña que toda oración, aunque nazca de una necesidad concreta y a nuestro parecer “urgente”, debe someterse siempre a la voluntad de Dios. No oramos para ser escuchados, sino para escuchar a Dios y saber lo que Él quiere de nosotros.

Al decirnos **haced lo que Él diga**, María nos indica que Jesús no viene a aguarnos las fiestas. No debemos tener miedo de que, con Él, nuestra alegría se empobreza. Es muy frecuente, y equivocado, unir la presencia de Jesús sólo a los momentos de dolor y de dificultad en nuestra existencia. Es necesario unir su presencia también en el centro de nuestras fiestas.

Jesús, a lo sumo, nos hace caer en la cuenta de que nuestras fiestas son excesivamente frágiles, y que la alegría bulliciosa esconde el vacío y la angustia, y que el vino es insuficiente y de baja calidad.

Haciendo lo que Jesús nos dice, la fiesta encuentra su plenitud, y ya no está ligada a una fecha particular o limitada en el tiempo. Jesús interviene no para robarnos algo, sino para dar en abundancia.

Para la reflexión:

- María no ha entendido la respuesta de Jesús como una negativa, sino que pide a los criados que escuchen la palabra de Jesús y actúen conforme a ella. Cuando creo que “Dios no me hace caso”, ¿sigo poniéndome a la escucha de su Palabra para descubrir qué espera de mí?
- Medito este párrafo: María invita a abandonarse en la voluntad de Dios, como Ella misma hace. Sin saber cuáles son las intenciones reales de Jesús, se rinde por completo a lo que Él quiera hacer. María nos enseña que toda oración, aunque nazca de una necesidad concreta y a nuestro parecer “urgente”, debe someterse siempre a la voluntad de Dios. No oramos para ser escuchados, sino para escuchar a Dios y saber lo que Él quiere de nosotros.
- María nos indica que Jesús no viene a aguarnos las fiestas. Es muy frecuente, y equivocado, unir la presencia de Jesús sólo a los momentos de dolor y de dificultad en nuestra existencia. Es necesario unir su presencia también en el centro de nuestras fiestas. ¿Lo hago yo así?
- ¿Cómo trato de llevar a la práctica las palabras de María: **Haced lo que Él diga?**

ACTUAR:

El Evangelio nos dice: **la madre de Jesús estaba allí**. Hay una sabiduría de la vida, muy importante, que consiste en eso: en «saber estar allí». Primero, en estar en el «sitio exacto» en el que tenemos que estar; y segundo, “saber hacer” lo que tenemos que hacer.

La Madre de Jesús “estaba allí”, pero no como una “convidada de piedra”, sino de forma activa y consciente. Allí estaba María como Madre. Más aún, Ella está como “Mujer”, como la llama Jesús. Este título reviste aquí, lo mismo que en el momento de la cruz, una significación especial: las relaciones entre Él y María no son ya las mismas, no son ya simplemente las relaciones de un hijo con su madre. Al llamar a María “Mujer”, Jesús la está implicando directamente en la misión que Él comienza con su primer signo. Jesús inicia con María una relación distinta, más allá de su maternidad carnal.

María, como Madre, lo trajo al mundo y ahora lo trae al mundo de la vida pública, con los medios de que dispone como Madre: la discreción (**No les queda vino.**) y la fe (**Haced lo que Él diga**). María utiliza pocas palabras, sólo las necesarias para atender la situación.

María, como Mujer y Madre, convirtió la fiesta que pudo fracasar, en la boda más famosa de la historia. Estuvo atenta, vio el problema e intercedió ante su Hijo. María se puso entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus necesidades, carencias y sufrimientos, como Madre de Uno y de los otros, una Madre que tiene el derecho de presentar a su Hijo las necesidades de los hombres, hijos también suyos.

Por eso, no se puede entender una comunidad de creyentes en el Hijo sin la presencia de María. Su presencia lo hace todo esperanzado. Ella es, en la Iglesia, como el “cable conductor” para que Jesús viva con fuerza en nuestros corazones.

En una comunidad donde está María, hay vida, hay cercanía, se nota el Evangelio, se hace fuerte la presencia del Espíritu. Ella es Mujer de fe, esperanza y amor, y nos lleva a la experiencia profunda de Dios, nos orienta para descubrir su presencia y sus signos.

Por eso el evangelista Juan no habla de milagro, sino de “signo”. Los signos son como flechas indicadoras que apuntan hacia Dios y ayudan a fortalecer la fe en Él. Y María, al decirnos **haced lo que Él diga**, nos invita a que busquemos en nuestra vida los “signos” que apuntan a la presencia de Dios en nuestra vida. Un gesto, una palabra, un detalle, un guiño... signos pequeños, modestos, respetuosos, que nos hacen sospechar la presencia de un Dios que nos ama y que quiere intervenir en la trama ordinaria de nuestra vida para invitarnos a su fiesta.

Cuando algo falta, y ese algo es importante, es necesario que haya alguien que acuda a remediarlo. Como cristianos, tenemos el ejemplo de María para ver qué falta, cuándo y dónde. Si falta alegría, si falta cariño, si faltan bienes, y sobre todo, si falta Dios... debemos estar atentos.

María es ejemplo de la labor propia de nuestro ser cristiano: “saber estar allí” donde debemos estar, en el corazón de mundo, de forma consciente y activa, y desde allí procurar tener visión de conjunto sin desatender los detalles, de manera que lleguemos a percibir los momentos difíciles o delicados que ocurren a nuestro alrededor, les pongamos nombre y los coloquemos, con humildad y fe, ante Jesús, para que Él hoy pueda seguir realizando sus “signos”.

Para la reflexión:

- La madre de Jesús estaba allí. Hay una sabiduría de la vida, muy importante, que consiste en eso: en «saber estar allí». Primero, en estar en el «sitio exacto» en el que tenemos que estar; y segundo, “saber hacer” lo que tenemos que hacer. ¿Tengo yo esta sabiduría de vida?
- María utiliza pocas palabras, sólo las necesarias para atender la situación. ¿Tengo esa capacidad de síntesis para evitar rodeos en las circunstancias de cada día?
- Los signos son como flechas indicadoras que apuntan hacia Dios y ayudan a fortalecer la fe en Él. Y María, al decirnos «haced lo que Él diga», nos invita a que busquemos en nuestra vida los “signos” que apuntan a la presencia de Dios en nuestra vida. Un gesto, una palabra, un detalle, un guiño... signos pequeños, modestos, respetuosos... ¿Sé buscar esos signos, cómo lo hago?
- No se puede entender una comunidad de creyentes en el Hijo sin la presencia de María. Ella es, en la Iglesia, como el “cable conductor” para que Jesús viva con fuerza en nuestros corazones. Donde está María, hay vida, hay cercanía, se nota el Evangelio, se hace fuerte la presencia del Espíritu. ¿Cómo me ayuda María en mi vida de fe? ¿Cómo está presente en mi comunidad?
- Como cristianos, tenemos el ejemplo de María para ver qué falta, cuándo y dónde. Si falta alegría, si falta cariño, si faltan bienes, y sobre todo, si falta Dios... debemos estar atentos. ¿Qué voy a hacer para estar más atento, como María?

RETIRO: “MARÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO”

VII.- LAS BODAS DE CANÁ.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER:

- ¿Cómo contaría con mis propias palabras lo que ocurrió en las bodas de Caná?
- ¿Cuál creo que es el sentido de este signo que realizó Jesús por primera vez?
- ¿Qué me llama más la atención?

JUZGAR – NO LES QUEDA VINO (Jn 2, 1-11)

En aquel tiempo, había una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda.

Faltó el vino, y la madre de Jesús le dijo: —«No les queda vino.»

Jesús le contestó: —«Mujer, déjame, todavía no ha llegado mi hora.»

Su madre dijo a los sirvientes: —«Haced lo que él diga.»

Había allí colocadas seis tinajas de piedra, para las purificaciones de los judíos, de unos cien litros cada una. Jesús les dijo: —«Llenad las tinajas de agua.»

Y las llenaron hasta arriba. Entonces les mandó: —«Sacad ahora y llevadselo al mayordomo.»

Ellos se lo llevaron. El mayordomo probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía (los sirvientes sí lo sabían, pues habían sacado el agua), y entonces llamó al novio y le dijo:

—«Todo el mundo pone primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el peor; tú, en cambio, has guardado el vino bueno hasta ahora.»

Así, en Caná de Galilea Jesús comenzó sus signos, manifestó su gloria, y creció la fe de sus discípulos en él.

- Sólo María ve el conjunto, tiene la facultad de abarcar toda la escena y se da cuenta de lo que sucede. Es probable que otras personas lo hubieran observado, pero prefieren seguir como si no hubieran visto nada. ¿Sé “ver” más allá de lo que tengo delante, me doy cuenta de lo que sucede a mi alrededor? ¿Lo que “veo” me mueve a implicarme, o si no me afecta me desentiendo?
- ¿Qué pienso acerca de la respuesta de Jesús a María?
- María intercede de manera reservada. No quiere obligar a Jesús, respeta su libertad. ¿Cómo es mi oración de intercesión? ¿Pretendo exigir a Jesús que actúe?
- Este Evangelio es prueba de la fuerza de la intercesión de María ante su Hijo. Así lo ha entendido desde siempre el pueblo cristiano, que a través de los siglos ha confiado en la mediación de la Madre del Señor. ¿En mi oración me dirijo a María como intercesora, como mediadora?

JUZGAR – HACED LO QUE ÉL DIGA:

- María no ha entendido la respuesta de Jesús como una negativa, sino que pide a los criados que escuchen la palabra de Jesús y actúen conforme a ella. Cuando creo que “Dios no me hace caso”, ¿sigo poniéndome a la escucha de su Palabra para descubrir qué espera de mí?
- Medito este párrafo: María invita a abandonarse en la voluntad de Dios, como Ella misma hace. Sin saber cuáles son las intenciones reales de Jesús, se rinde por completo a lo que Él quiera hacer. María nos enseña que toda oración, aunque nazca de una necesidad concreta y a nuestro parecer “urgente”, debe someterse siempre a la voluntad de Dios. No oramos para ser escuchados, sino para escuchar a Dios y saber lo que Él quiere de nosotros.

- María nos indica que Jesús no viene a aguarnos las fiestas. Es muy frecuente, y equivocado, unir la presencia de Jesús sólo a los momentos de dolor y de dificultad en nuestra existencia. Es necesario unir su presencia también en el centro de nuestras fiestas. ¿Lo hago yo así?
- ¿Cómo trato de llevar a la práctica las palabras de María: Haced lo que Él diga?

ACTUAR:

- La madre de Jesús estaba allí. Hay una sabiduría de la vida, muy importante, que consiste en eso: en «saber estar allí». Primero, en estar en el «sitio exacto» en el que tenemos que estar; y segundo, “saber hacer” lo que tenemos que hacer. ¿Tengo yo esta sabiduría de vida?
- María utiliza pocas palabras, sólo las necesarias para atender la situación. ¿Tengo esa capacidad de síntesis para evitar rodeos en las circunstancias de cada día?
- Los signos son como flechas indicadoras que apuntan hacia Dios y ayudan a fortalecer la fe en Él. Y María, al decírnos «haced lo que Él diga», nos invita a que busquemos en nuestra vida los “signos” que apuntan a la presencia de Dios en nuestra vida. Un gesto, una palabra, un detalle, un guiño... signos pequeños, modestos, respetuosos... ¿Sé buscar esos signos, cómo lo hago?
- No se puede entender una comunidad de creyentes en el Hijo sin la presencia de María. Ella es, en la Iglesia, como el “cable conductor” para que Jesús viva con fuerza en nuestros corazones. Donde está María, hay vida, hay cercanía, se nota el Evangelio, se hace fuerte la presencia del Espíritu. ¿Cómo me ayuda María en mi vida de fe? ¿Cómo está presente en mi comunidad?
- Como cristianos, tenemos el ejemplo de María para ver qué falta, cuándo y dónde. Si falta alegría, si falta cariño, si faltan bienes, y sobre todo, si falta Dios... debemos estar atentos. ¿Qué voy a hacer para estar más atento, como María?

Nos Cambiaste el Agua en Vino - Javier Brú

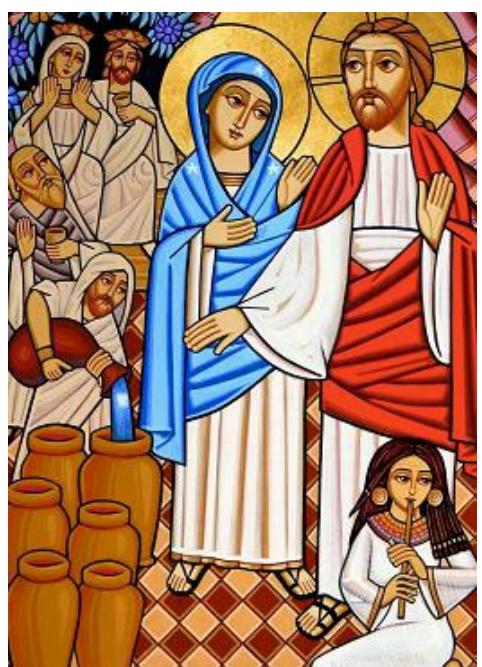
En Caná de Galilea había unas bodas y el vino faltó
 Jesús había sido invitado junto con su madre y los discípulos
 entonces María le dijo: “Ya no tienen vino” y Jesús respondió:
 “Mujer, aún no llega mi hora, ¿dime qué podemos hacer Tú y Yo?”

Más dijo a los sirvientes la Madre del Señor
 “Hagan lo que Él les diga”, y así la hora llegó.

NOS CAMBIASTE EL AGUA EN VINO, TÚ LO HICISTE, BUEN SEÑOR.
 CON TU ESPÍRITU DIVINO A LA VIDA DAS SABOR.
 Y NUESTRAS VIEJAS TINAJAS HAS LLENADO CON TU AMOR
 QUIEN TE ENCUENTRA NO HALLARÁ VINO MEJOR,
 UH OH UH OOOH, UHOH UHOH, UHOH UHOH

Jesús les mandó que llenaran enormes tinajas de agua a rebosar
 cuando terminaron les dijo: “Que ahora el mayordomo lo pueda probar”
 y cuando probó ya era vino y al novio le dijo con admiración:
 “En vez de servirlo primero guardaste hasta ahora tu vino mejor”.

Pues dijo a los sirvientes la Madre del Señor
 “Hagan lo que Él les diga” y así la hora llegó.



<https://www.youtube.com/watch?v=ur53Q29atyM>